

al castellano sería y por demás laboriosa), opina que el amor de Carroll por Alicia era «normal y sencillo». No lo veo yo así.

Son bastante conocidas las peculiares manías de Carroll. Lo que para él representó la muerte de su madre y su frustración al no poderse unir en matrimonio con Alicia, veinte años más joven. Su fobia por los muchachos, su denodado cariño por las muchachas (acúdase ahora a Nabokov) y su afición por fotografiar en bizarras poses a sus amistades femeninas, abandonadas todas una vez habían alcanzado la adolescencia. Obsérvese la fotografía de Alicia vestida de mendigo, bastante más cercana a una distorsionada estética del *Playboy* que al simple efecto de un afecto normal y sencillo. Y téngase en cuenta que Carroll coleccionó en su día fotografías de niñas desnudas; fotografías que, por otra parte, no tenían por qué ser pornográficas. Y esto no es, en absoluto, obsesión por lo que de venéreo hubiera en el comportamiento y actitudes de Carroll, sino más bien áni-

co y sensual frustrado en sus ámbitos cotidianos.



El libro se inicia con el descenso de Alicia a lo largo de un fático túnel en pos del Conejo Blanco. Luego la niña es objeto de sorpresivos cambios de estatura, en los que algunos han querido ver las primeras de una serie de referencias a los efectos causados por alucinógenos. Alicia nada en el charco de sus propias lágrimas, y de nuevo una imagen esclarecedora: En la casa del Conejo Blanco, el cuerpo de Alicia crece desmesuradamente hasta ocupar la por completo. Luego los va clásicos episodios con la Oruga, en casa de la Duquesa, la merienda con el Sombrero Loco (la *chistera enloquecida*) y la Liebre de Marzo (de Marzo) (2) y, finalmente, el sardónico juicio de la Reina. Todo ello en una estructura dominada por «una técnica del sueño estrictamente personal, una alianza muy particular entre onirismo y lógica». Los personajes, animales en su mayoría, ostentan todos las características de un individualismo sublimado hasta el irraciocinio, en una secuencia de situaciones en las que la irrealidad y el absurdo aparecen como lúcido contrapunto de lo que era la realidad de la era victoriana, plomiza y represiva. Frente al moralismo ramplón y obsesivo de la época, el irónico guiño del nonsense carrolliano expeditó una vida

de subversión literaria que no iba a ser desdeñada por la mejor y más revolucionaria literatura contemporánea. Joyce utilizó la fórmula de las «palabras-baúl» en el *Ulyses* y exhaustivamente en el *Finnegans Wake*. Dadaístas y surrealistas utilizaron ampliamente las fórmulas de Carroll, y a su universo pertenecen algunos de los más típicos personajes creados por Charles M. Schulz (*Charlie Brown*, *Linus*, «*Snoopy*», *El Barón Rojo*). Y así hasta *The Beatles* y *Jerry Lewis*, pocos han desdeñado el material y las perspectivas que Carroll propuso hace un siglo.

Una observación final. Teniendo en cuenta lo que era la Inglaterra victoriana, lo que es la explotación del hombre por el hombre, sabiendo, como se sabe, que en los tiempos de Carroll las fábricas y talleres ingleses hacían

nababan en trabajos y jornadas inauditos multitud de niños que no sabían distinguir entre un vegetal y un volátil, ¿qué hubieran opinado de su obra, de qué acusaciones le hubieran hecho acreedor determinados botarates que por estas latitudes se padecen? ■ E. CHAMORRO.

de subversión literaria que no iba a ser desdeñada por la mejor y más revolucionaria literatura contemporánea. Joyce utilizó la fórmula de las «palabras-baúl» en el *Ulyses* y exhaustivamente en el *Finnegans Wake*. Dadaístas y surrealistas utilizaron ampliamente las fórmulas de Carroll, y a su universo pertenecen algunos de los más típicos personajes creados por Charles M. Schulz (*Charlie Brown*, *Linus*, «*Snoopy*», *El Barón Rojo*). Y así hasta *The Beatles* y *Jerry Lewis*, pocos han desdeñado el material y las perspectivas que Carroll propuso hace un siglo.

Una observación final. Teniendo en cuenta lo que era la Inglaterra victoriana, lo que es la explotación del hombre por el hombre, sabiendo, como se sabe, que en los tiempos de Carroll las fábricas y talleres ingleses hacían inauditos multitud de niños que no sabían distinguir entre un vegetal y un volátil, ¿qué hubieran opinado de su obra, de qué acusaciones le hubieran hecho acreedor determinados botarates que por estas latitudes se padecen? ■ E. CHAMORRO.

Sarrión, un «novísimo» fronterizo

Antonio Martínez Sarrión nació en Albacete hace treinta y un años. Licenciado en Derecho por la Universidad de Murcia, se instaló en Madrid en 1961, ejerciendo de funcionario. En 1967 publicó su primer libro, «Teatro de operaciones». Castellet le incluyó en sus «Nueve novísimos», antología promotora de disparatada controversia entre el personal, que mayormente leyó con poco detenimiento el prólogo.

—La coherencia de los que en la antología de Castellet aparecíamos era bastante aleatoria, y, por ende, nuestra desvinculación, bastante lógica. Por otra parte, la crítica cejijunta no quiso advertir las enormes diferencias entre cada uno de nosotros. Los elementos que nos aglutinaban eran extraliterarios, en cuanto constituidos alrededor de una mitología cinematográfica, particularmente la del cine americano de los años cuarenta. Posteriormente, las estampías de algunos cuando la casa se hundía —si es que alguna vez tuvo techo— se debieron a una denominamosla vanidad adolescente en absoluto justificada. Hay

gente que ha jugado al Rimbaud, cuando, por ahora, no pasan de Asunción Silva.

Acaba de aparecer su último libro, «Pautas para conjurados» (*El Bardo*). Una obra de cálida sinceridad con ribetes de cinismo, en la que un lucido surrealismo apoya un sarcástico intento de penetrar la realidad, de racionalizarla patéticamente, y en la que la historia se convierte en un delirio de datos lacerantes.

—Frente a la realidad, que siempre es resistente, al tratar de recrearla por escrito, se pueden adoptar diferentes talentos, desde el «España, aparta de mí este cáliz», desde nuestra poesía civil más conocida, hasta un tono sarcástico y en sordina como el de las baladas de Archie Shepp, deformación agria y paródica de un material previo.

—En uno de tus poemas, «Fuegos artificiales», hay algo así como una declaración de principios: «De esta manera opto por ser canibal.../se está quemando toda la CULTURA».

—Bueno, eso está muy claro. Hay una inflación terrible. El intelectual en Europa suele estar desligado de toda forma vital, vive en un mundo fantasmal. A mí me ha preocupado mucho cuestionar la propia tarea de escribir del último Sartre o el semisuicidio del último Godard.

—Tus planteamientos poéticos conexian de una manera digamos previamente reflexiva con el surrealismo, actitud que en la poesía española se ha asumido, por lo general, de una forma mal entendida...

—Aquí se ha entendido la faceta más mezquina, exterior y menos válida del surrealismo. Casi estaba centrada por completo en Dalí. Sin embargo, poetas como Ory o Carriego, muy francotiradores, han conseguido una obra que tiene muchos puntos de contacto con el surrealismo más radical, en cuanto suponía una total concepción del mundo.

—Hablabas antes de la deformación agria y paródica de un material previo. Yo diría que existe una tendencia poética de culturalismo de aluvión, tras el que pudiera darse un cierto enmascaramiento del poeta, una búsqueda de apoyaturas.

—Se utiliza interesadamente toda una imaginaria cultural para dinamitarla, sin perjuicio de la esencial ambigüedad de la operación, pues esa imaginaria forma parte de la historia propia, con una entidad casi visceral. Te es tan

querida como tu propio cuerpo.

—Esta imaginaria responde, creo yo, a unas motivaciones estrictamente generacionales.

—Hay que tener en cuenta que sus elementos fueron nuestro primer y auténtico «alimento terrestre».

—¿Qué poetas son los que te interesan?

—Muy importantes los americanos, desde Wallace Stevens y W. Carlos Williams para acá. La gente francesa, Char, Michaux. Y por supuesto, en castellano, Octavio Paz.

—Es este, al parecer, momento de polémicas, de confusión, y la gente, desde parapetos extraliterarios, pretende discernir cosas que literariamente son las más de las veces indiscernibles...

—No sé de qué país me hablas. (No es nada grave disuélvanse ya vamos/¡DE PERROS!.) ■ E. CH.

El niño y los demás

El intenso proceso de comunicación interpersonal a que se ve sometida en la actualidad la vida de los hombres y las nuevas formas de vida que la dinámica social va implantando sirven de base a los autores de este libro para invertir el criterio de la pedagogía tradicional que daba prioridad a consideraciones de carácter abstracto e individualizador (el niño «en sí» de perfectibilidad ahistórica) sobre aquellas otras que tendían a valorar la dimensión social e histórica concreta de la educación. Su originalidad consiste, pues, dentro, naturalmente, de nuestro panorama educativo, en entender el despertar de la sociabilidad del niño, «no como una parte especial de su vida —que hay que estudiar marginalmente—, sino como el hecho fundamental que determina y condiciona todos los demás: no como una parte más a enseñar, sino como la manera de enseñarlo todo». «Sólo en el marco de la socialización podemos ser hoy, real y no ilusoriamente, personales». Este enfoque determina la estructura global de la obra —ganadora del Premio Antoni Balmanya en su versión original catalana— e implica ya una toma de posición por parte de sus autores, Ramón Canals y Pere Darder, comprometidos ambos con la enseñanza de cada día. La dimensión social en el ser humano y en nuestro mundo, el proceso de socialización y sus agentes, y los valores y actitu-



Alicia Liddell disfrazada de mendigo. Fotografía de Lewis Carroll.

mo por desentrañar de alguna manera sus resortes creativos.

Un hombre con una pasión como la que Carroll soportaba, y en la Inglaterra victoriana, no podía por menos de ser un reprimido. Un ser marginado por esta misma situación, obsesionado por expresar sus sentimientos y, en la medida de lo posible, realizarlos. Sólo un hombre sujeto a estos condicionamientos y traumas (en absoluto peyorativos) pudo escribir «Alicia en el País de las Maravillas».